EL MÉDICO DE UN MONARCA.

Drama en cuatro actos y en verso por Ricardo Lopez Arcilla, *para representarse en Madrid el año de* 1851.

Al licenciado en farmácia D. Patricio Lopez Arcilla *en prueba de respeto y cariño su apasionado hermano.* = Ricardo Lopez Arcilla.

PERSONAS.

El Rey.
Don Tello, *su médico.*
El Duque de Benavente.
Don Rui, *Condestable de Castilla.*
Don Garcia.
El Conde de Oporto, *embajador de Portugal.*
Farfan.
Marcelo.
Ramiro.
Doña Sancha.
Ugieres y soldados.

La accion en el primero y segundo acto pasa en Valladolid; y en el tercero y cuarto en Toro.

ACTO PRIMERO.

Salon de palacio con rompimiento en el fondo. A la derecha del espectador, una puerta secreta en primer término, y otra practicable en el segundo.—Sillones y demás muebles y adornos al gusto de la época.—Está anocheciendo.

ESCENA PRIMERA.

Don Tello y Farfan.

Far. Reniego de esa grandeza
tan intrigante y avára,
que ni al rey ni al pueblo ampara
y les quita su riqueza.
Tello. Eso es muy cierto; hay, Farfán,
muchos nobles infanzones,
que las mas viles acciones
en el reino haciendo están.
Por egemplo: don Fadrique.....
Far. ¿El Duque de Benavente,
tio del rey?
Tello. Ciertamente.
Far. ¿Y no hay quien le ponga dique?
Tello. De eso hace tiempo que trato.
Far. ¿Y que fieras tropelias
en estos últimos dias
ha cansado ese insensato?
Tello. Del rey los recaudadores
persigue con sus parciales,
por todos los pueblos reales
como si fuesen traidores;
y del monarca en perjuicio
les pide, cual bandolero,
que le entreguen el dinero
para su ducal servicio.
Far. Ese es un crimen atroz
que está clamando venganza,
y el rey debe sin tardanza
prender á ese hombre feroz.
Tello. Ya han dado quejas al rey
pidiendo con grande instancia,
que castigue su arrogancia
con el brazo de la ley.
Far. Y el rey lo hará, ¿no es verdad?
Nada de clemencia, duro,
que me deje, y yo le juro
echarlo á la eternidad.
Tello. El rey quiere su dulzura
ensayar con él primero,
y ha mandado un mensajero
á reprender su locura.
Y á decirle que desista
de tan grande atrevimiento,
porque sino, un escarmiento
le dará como persista.
Que el dinero que le debe,
en otra ocasion mejor
á su primer contador
le dirá que se lo lleve.
Y si al punto no obedece
lo que benigno le ordena,
le impondrá al cabo la pena
que su insolencia merece.
Far. Pues señor, yo no andaria

con tantas contemplaciones,
y en las mas hondas prisiones
encerrado le tendria.
Porque un hombre tan tirano
que al pueblo y al rey ultraja,
no merece la ventaja
de vivir como cristiano.

Tello Pero repara que es tio
del Rey don Enrique, y tiene
mucha gente, que sostiene
su grandeza y poderio.

Far. ¿Y qué importa, vive el cielo,
si le falta la razon,
la numerosa faccion
que le sirve de consuelo?
Que nos mande el rey lidiar;
que nos diga, á la batalla,
y vereis á esa canalla
ante nosotros temblar.
¿Mas no me direis, señor,
lo que al fin ha contestado
al mensage que ha mandado
don Enrique, á ese traidor?

Tello. Absolutamente nada.

Far. ¿Ni una palabra siquiera?
Por quien soy, que es bien grosera
su conducta solapada.

Tello. Ha escuchado con desprecio
de don Enrique el mensage,
y olvidando su homenage
se ha callado, como un necio.
Y con tan fiero teson
continua en sus maldades,
que sus mismas facultades
dando á don Pedro Giron
que se halla en su compañia,
en Sant Ervas á saqueo
este ha entrado sin rodeo
en medio la luz del dia,
y granos, vino, y ganados
que los monges de Sagún
encerraban alli aun,
han sido todos robados,
con joyas de plata y oro;
de cuyo estrago, el abad
á su misma magestad
se ha quejado con decoro.
Y añade que al duque ha visto
en aquella misma tierra,
reclutar gente de guerra,
contra el rey.

Far. ¡Cuerpo de Cristo!
Que le guarden atencion
porque es tio del monarca,
pero él entre tanto abarca
cuanto anhela su ambicion.
Y vive Dios que no es manco;
si el rey sigue en su clemencia.
dentro de poco, la herencia
del reyno le deja en blanco.

Tello. Ved, Farfan, lo que decis.

Far. Lo dicho, dicho, don Tello;
si no le cortan el cuello
va á asolar todo el pais.

Tello. Ya don Enrique tercero
con gran premura ha mandado,
á ese duque tan osado
otra vez un mensagero,
para que le haga saber
que ha llegado á su noticia
la escandalosa injusticia
de su inicuo proceder.
Y que al amparo se agarra,
para alzarse en rebelion,
de los condes de Gijon
y la reina de Navarra.
Que si no ha perdido el juicio
le suplica, no le manda,
que abandone la demanda
y se torne á su servicio.
Porque si llega á insistir
y la real cólera estalla,
una vez rota la balla
ha de tener que sentir.

Far. Menos lengua, y mas acciones
en estos casos quisiera.
Si yo el rey un dia fuera,
sin andar en dilaciones
hecho el duque lo que ha hecho,
voy allá con gente armada,
le hecho el guante, y con mi espada
no hay remedio, le abro el pecho.

Tello. ¡Farfan!...

Far. Que quereis, yo pienso
de ese modo, y os lo digo:
si el duque diera conmigo
pronto estaria indefenso.
Lo demas no vale nada
Y si no, ¿de qué ha servido
mandar al duque atrevido
una tras otra embajada?

Tello. Hoy lo dirá don Garcia
que ha llevado la postrera,
y en palacio se le espera
desde la mitad del dia.

Far. Dirá lo que los demas:
que el duque al pueblo maltrata,
y el dinero le arrebata
de mensages al compás.

Tello. Ya lo veremos.

Far. Mirad:
(mirando hácia el fondo.)
á este sitio se dirige
con un semblante que aflige,
don Tello, su magestad.

Tello Voy á ofrecerle un sosten;
vos dejad esta morada. *(vase.)*

Far. Mientras no haya una asonada
no andarán las cosas bien.
(vase por el lado opuesto.)

ESCENA II.

El Rey y Don Tello, *saliendo por el fondo.*

Tello. *(presentando su brazo al rey.)*
Si no lo tomais á mal
apoyaos en mi brazo.

Rey. Jamás, amigo, rechazo
el brazo que me es leal.
(se apoya en don Tello.)

Tello Con esa amistad, señor,
que me ofreceis francamente,
me honrais escesivamente....

Rey. Mas con justicia, doctor.
(don Tello acerca un sillon al rey y este se sienta.)
Vos cuidais de mi salud
y mitigais los dolores
que llenan de sinsabores

mi florida juventud.
Tras de mi sangre afanoso
os veo de noche y dia,
ya calmando mi agonia,
ya guardando mi reposo;
ya las riendas del estado
empuñando con prudencia,
para dar á mi dolencia
el alivio deseado.
Cuando velo, velais vos,
suspirais cuando suspiro,
y en la vida el mismo giro
llevamos siempre los dos.
Conque ved, mi buen doctor,
si haciendo tanto por mi,
debo yo con frenesi
recompensar vuestro amor.

TELLO. Si velo por vuestra vida
con mi deber satisfago.

REY. Y yo, don Tello, os lo pago
con el alma agradecida.

TELLO. Mil gracias, señor, os doy
por vuestra inmensa bondad.
Y de vuestra enfermedad
¿cómo os sentis?

REY. Ahora estoy
un poco mas abatido;
sin duda vuelve el acceso.

TELLO. ¿En el plan algun esceso
habeis, señor, cometido?

REY. Ninguno. Bajé al jardin
como me habeis ordenado,
y por él he paseado
hasta dar el dia fin.

TELLO. ¿Y habeis estado contento
en medio de sus primores?

REY. El aróma de las flores
ha aliviado mi tormento.
Que delicioso es mirar
sentado junto á una fuente,
al sol en el occidente
nubes de grana rasgar,
y con su luz vacilante
dorar la cumbre de un monte;
inflamando el horizonte
donde se ostenta radiante.
Y á los reflejos que lanza
al ir á ocultar su brillo,
ver de lejos el castillo
que se ostenta en lontananza;
y en el jardin pintoresco
á las flores que se mecen
sobre los tallos que crecen
con el influjo del fresco.
Y en torno suyo tender
sus cristales transparentes,
los arroyos y las fuentes
murmurando de placer.
Y escuchar con el murmullo
de las aves la armonia,
que en la enramada sombria
joguetean sin orgullo;
mientras que las brisas puras
que a la tarde se convocan,
embellecen cuanto tocan
en los montes y llanuras.

TELLO. Seguramente, es divino
disfrutar tantos placeres,
tras los penosos quehaceres
de un elevado destino.

REY. Si, don Tello, es agradable;
mas no siempre esas delicias
suelen mostrarse propicias
á un enfermo inconsolable.

TELLO. ¿Acaso daño os han hecho?

REY. Lo ignoro; mas yo no estraño
que me hubiesen hecho daño
cuando sufre tanto el pecho.

TELLO. Si de tan gratas dulzuras
no habeis, señor, abusado,
no pueden haber causado
vuestras nuevas amarguras.

REY. Yo no sé si cuando el alma
padece un mal insufrible,
y el cuerpo se haya sensible
buscando los dos la calma,
es un abuso gozar
luego que el sol refulgente
ha sumergido su frente
allá en el fondo del mar,
en el florido vergel
del céfiro vespertino,
bajo un cielo cristalino
que nos sirve de dosel.
Pero es muy cierto, doctor,
que despues de haber gozado
de ese placer regalado,
mi salud no está mejor.

TELLO. No lo debeis de estrañar;
el sosiego y la tristeza
del crepúsculo que empieza
tras del sol á despuntar,
con la humedad y frescura
que le siguen con frecuencia,
exasperan la dolencia
que os causa tanta amargura.
Pero yo con precaucion
os daré una esencia ahora,
que disipe sin demora
vuestra amarga situacion.

REY. Cuanto os debo, dulce amigo;
vos sois el angel hermoso
que batalla victorioso
contra mi fiero enemigo.
¿Con qué pagar podré yo
vuestro cariñoso esmero?
Aunque os diera el reino entero
no fuera bastante, no.

TELLO. Con vuestra franca amistad
y esa gratitud ardiente,
tiene, señor, suficiente
mi acendrada lealtad

REY. Pues en todas ocasiones
con ambas contar podeis,
y os juro que las tendreis
sin ningunas restricciones.
Que si yo por vuestra ciencia
aun empuño el cetro augusto,
que disfruteis es muy justo
mi amistad sin competencia.

TELLO Mil gracias os doy.

REY. Alzad:
y dadme ya ese remedio
que ha de disipar el tedio
que me abruma sin piedad.

TELLO. Iré por él

(Al dirigirse don Tello hácia el fondo, aparece por él un Ugier, y anuncia á don Garcia.)

Ugier. Don Garcia,
que ahora acaba de llegar,
os quiere, señor, hablar
de un asunto de cuantia.
Rey. Decidle que entre al instante.
(el Ugier se retira.)
Y vos quedaos conmigo,
para oir del enemigo
la respuesta terminante.

ESCENA III.

El Rey, Don Tello, y Don Garcia.

(al salir don Garcia, un Ugier saca luces y se retira.

Gar. Guarde Dios al soberano
de Castilla y de Leon,
á quien con gran sumision
deseo besar la mano.
Rey. Levantaos, don Garcia;
y decid si habeis hablado
con el duque, rebelado
contra mi soberania.
Gar. Le vi, señor, en Amusco,
donde estaba sin temores,
con otros muchos señores,
y me recibió muy brusco.
Rey. ¿Con que con tan maltalante
el duque os ha recibido,
no ignorando que habeis ido
como mi representante?
Soberbio es por Dios mi tio;
y temo le ha de pesar
si continúa en mostrar
contra mi tanto desvio
¿Y le habeis hecho saber
mis quejas y sentimientos?
Gar. Todos vuestros pensamientos
le di al punto á conocer.
Rey. ¿Y qué respuesta os ha dado?
Gar. Con un orgullo insolente
me respondió bruscamente
que estais muy mal informado;
y que únicamente es cierto
que él y otros nobles están
llenos de enojo y afan,
porque sin ningun concierto
habeis menguado las rentas
que en otro tiempo gozaban,
cuando tranquilos estaban
en sus casas opulentas.
Porque se halla apoderado
de vos y el gobierno al par,
sin tener á ello lugar,
el doctor vuestro privado,
mientras que poneis muy lejos
del poder y los honores,
á vuestros deudos mejores
sin escuchar sus consejos.
Que conviene á la nacion
alegeis de vuestro lado
al doctor, vuestro privado,
sin ninguna dilacion
Porque con torpes amaños
que se arruine es un dolor
la grandeza, y su esplendor
al cabo de tantos años.
Que si lo que os pide haceis
le hallareis siempre propicio,
y que á vuestro real servicio
al momento le tendreis.
Rey. De ese modo no le quiero.
Separar de mi el doctor!
La vida diera mejor
con haciendas y dinero.
Tello. Dejadme, señor...
Rey. En vano
me pedis el que os aleje,
porque primero que os deje
no seré yo soberano.
Esos nobles en su encono
solicitan sin reparo,
quitarme el único amparo
de mi vida y de mi trono;
por Dios que tanta vileza
bien cara les vá á costar,
pues tengo de hacer rodar,
si es menester, su cabeza.
¿Por qué muestran tanto enojo?
Si sus rentas se han menguado,
¿no lo han asi decretado
en las cortes á su antojo?
Gar. No lo niega, pero arguye
que á otros se las han subido,
sin que una causa haya habido,
y á injusticia lo atribuye.
Tello. Eso es falso.
Rey. Ciertamente:
mas solo por el dinero
hacer la guerra no quiero
al duque de Benavente,
porque al fin es deudo mio;
y pues quiere algo mas de oro,
de mi peculiar tesoro
yo se lo doy á mi tio.
Gar. Antes de hacer alianza
y ceder á vuestro anhelo,
exige que sin recelo
le entregueis como en fianza
á doña Sancha Cerbello,
dama de honor de su alteza,
y que ademas, con presteza
desterreis de aqui á don Tello.
Tello. (¡ Cielos!)
Rey. El furor me abrasa
con lo que acabo de oir;
le he de hacer arrepentir
pues que á tanto se propasa.
Caiga la robusta ley
sobre él y sus defensores,
que á tiranos y opresores
no toiera el que es buen rey.
Tello. Tranquilizaos un poco,
no se agrave la dolencia.
Rey. ¿Con tan infame insolencia
quien no ha de volverse loco?
Tello. Necesitais descansar
para tomar energia.
Rey. Yo abatiré su osadia.
Os podeis ya retirar. *(á don Garcia.)*

ESCENA IV.

El Rey y Don Tello.

Rey. Sin cesar la desgracia me persigue;
esa nobleza criminal y avara
no la basta que el oro la prodigue,
y sus furores contra vos dispara.

TELLO. No me arredran sus pérfidas intrigas
ni me espanta su cólera insensata;
pero siento, señor, vuestras fatigas
hijas tan solo de esa turba ingrata.
¿Por qué no lanza sobre mi tronante
tan solamente su rencor injusto,
y á vos os deja disfrutar triunfante
la paz gloriosa del dosel augusto?
Viera yo entonces con placer su encono
crecer pujante, para ser vencido
ante las gradas del escelso trono,
sin que os turbára su feroz rugido.
Pero doliente, y de enemigos fieros
atormentado en vuestra edad florida,
amarga pena me destroza al veros
entre pesares arrastrar la vida.
REY. Yo á la nobleza aplacaré con dones,
y á doña Sancha la daré por rehenes,
y aumentaré benigno sus blasones,
y generoso la daré mis bienes,
con tal que nunca os separeis, don Tello,
del triste enfermo que doliente implora
de vuestra ciencia bienhechora el sello
para los males que en el alma llora.
No me dejeis por Dios; mirad mi estado
y condoleos de mi triste suerte,
que si vos me dejais abandonado,
conmigo el reyno volará á la muerte.
TELLO. ¿Y he de ver sin dolor á una doncella
encerrada en fianza en un castillo,
sufrir el peso de su negra estrella
amenazada por feroz caudillo?
REY. Ninguna pena sufrirá, os lo juro:
y ¡ay! del infame y desleal vasallo
que en ella ponga el pensamiento impuro,
porque pronuncia de su muerte el fallo.
TELLO. Mandadme en su lugar, os lo suplico,
y acabarán de todos los pesares
con el ardiente amor que sacrifico
de la patria inocente en los altares.
REY. ¿Y quién entonces calmará los mios?
¿Quereis, don Tello, abandonar mi estancia?
Cuando sufro tormentos tan impios
salido apenas de la tierna infancia?
En la mar procelosa del estado
¿quereis abandonar sin un piloto
la nave en que navego acongojado
entre el horrendo vendabal y el noto?
Si en algo me apreciais, mi dulce amigo,
si á mis favores no os mostrais ingrato,
espero vivireis siempre conmigo
en franco, puro, y apacible trato.
TELLO. (Y he de perder á Sancha que es mi cielo?)
Es para mi un placer pasar los años
en este sitio, para dar consuelo
á vuestra vida contra tantos daños.
Mas reparad, señor, que una inocente
vá por nosotros á sufrir rigores
tristes y acerbos, de la corte ausente,
y en poder de esos pérfidos traidores.
Que no es de caballeros bien nacidos
causar disgustos á belleza alguna;
sino solo halagar á sus sentidos
como á un niño que mecen en su cuna.
¿Qué se dirá de vos, de mi, de todos
los que en la corte á vuestro lado estamos?
Murmurán do quier de varios modos
porque á una dama proteccion no damos.
¿No quieren esos nobles altaneros
que al momento estos sitios abandone?
Pues en rehenes mandadme á sus guerreros
ya que asi la desgracia lo dispone
Y ved, señor, que si lo haceis, la fama
coronará de lauro vuestra frente;
que quien presta su amparo á cualquier dama
tiene su gloria sobre el sol fuljente.
Mas, ¿qué teneis, señor? Estais turbado,
y huye el débil color de la megilla?
¿La dolencia tal vez se ha exasperado?
Descansad un momento en esta silla.
(*acerca un sillon al Rey.*)
REY. Es un vértigo solo; me retiro,
mas presente tened en la memoria,
que si vos me dejais, de duelo espiro,
con que ved lo que haceis si amais la gloria

ESCENA V.

DON TELLO.

Que desgraciada situacion la mia;
si en rehenes Sancha va, sin calma quedo:
y si al gusto fatal del rey no accedo,
vá su vida á cortar la parca impia.
Si partir como amante es bizarria,
como médico al rey dejar no puedo;
que si él me paga, en gratitud le escedo....
Mas á mi corazon, mi Sancha guia.
Amor y gratitud en mi memoria
combaten sin cesar con tanto brio,
que es dudosa de entre ambos la victoria;
que triunfe á veces el amor confio,
mas de repente gratitud la gloria
procura arrebatar á mi alvedrio.

ESCENA VI.

DON TELLO *y* DOÑA SANCHA, *puerta segunda derecha.*

TELLO. Adorada Sancha mia,
SAN. ¡Ah! ¿Sois vos, prenda del alma?
Ansia de veros tenia
para dar á mi agonia
dulces momentos de calma.
TELLO. ¿Tanto os aflige mi ausencia?
SAN. No la puedo soportar;
no concibo la existencia
si no estais en mi presencia
para hacermela gozar.
TELLO. (¿Y he de perderla? ¡Dios mio!
Que desgraciado naci.)
SAN. ¿Por qué con tanto desvio
mostrais el rostro sombrio
si ya os miro junto á mi?
¿Teneis algun sentimiento?
No me le oculteis por Dios.
TELLO. Voy á daros un tormento
si mi desventura os cuento,
y antes que todo sois vos.
SAN. No, decidme el torcedor
que á vuestro espiritu agita;
y si puedo con mi amor
disipar vuestro dolor
será mi dicha infinita.
TELLO. ¿Qué no podrá, angel divino,
vuestro amor de mi alcanzar
cuando os adoro sin tino?
Pero es tan fatal mi sino,
que ante vos me hace temblar.

San. ¡Me estais llenando de espanto!
¿Qué desgracia os causa enojo?
Por el cielo sacrosanto
no redobleis el quebranto
conque triste me acongojo.
Hablad al instante os ruego,
y ese misterio fatal
que me ha quitado el sosiego,
esplicadme por Dios luego,
aunque contenga mi mal.
Tello. Me desgarra el corazon
tener que daros noticia
de mi amarga situacion,
cuando solo una prision
os prepara la codicia.
San. ¿Una prision? ¡No os entiendo!
¿En donde está mi delito?
Que me lo digais pretendo,
porque yo no lo comprendo
por mas que lo solicito.
¿Será acaso que os adoro?
Tello. Os lo diré sin tardanza;
el duque, sediento de oro,
para aumentar su tesoro
os exige por fianza.
San. ¡Será cierto!
Tello. Un mensagero
que hace muy poco ha llegado,
á don Enrique tercero
con un lenguage sincero
asi se lo ha revelado.
San. ¿El rey accede?
Tello. Lo siente:
mas para que tenga paz
el reino todo, consiente
en dar al de Benavente
lo que exige pertinaz.
San. ¡Qué desgraciada ha nacido
vuestra Sancha en este suelo!
Tello. Que no os aflijais os pido,
pues vuestro triste quejido
me llena de desconsuelo.
Yo iré por vos en fianza
de lo que concede el rey,
tan solo con la esperanza
de atraer á su alianza
á esa poderosa grey.
San. ¿Vos en mi lugar partir!
Os ciega mi amor ardiente.
ni yo lo he de consentir,
ni de aqui os dejará ir
el rey Enrique el doliente.
Como médico á su lado
hasta morir ó triunfar
debeis estar colocado,
pues solo asi el hombre honrado
os podrá su aprecio dar.
Yo entre tanto agradecida
al favor del Soberano,
daré con mi triste vida
á la nacion aflijida
la paz que reclama en vano.
Tello. ¿Y he de vivir con tristeza
lejos de vos, dulce encanto,
sin mirar vuestra belleza?
Me falta la fortaleza
para poder sufrir tanto.
San. Tambien ¡ay de mi! yo siento
el vivir lejos de vos
sin aspirar vuestro aliento,
pero es fuerza el sentimiento
de separarnos los dos.
Tello. Me martirizais el pecho
con ese valor grandioso
que mostrais á mi despecho,
y es el corazon estrecho
para mi dolor cuantioso.
Mandaránme á pelear
contra esa gente bastarda,
y lo hiciera sin temblar,
mas teneros que dejar
me confunde y acobarda.
San. Pensad que tras de esta ausencia
digna de gloriosas palmas
á que el cielo nos sentencia,
será mejor la existencia
que gozarán nuestras almas.
Tello. Pero entre tanto encerrada
en un oscuro castillo
vivireis desconsolada,
y... quien sabe si obsequiada
por algun necio caudillo.
San. Tranquilizaos, don Tello,
que antes dará vuestra Sancha
á la venganza su cuello,
que en su honor poner el sello
de una vergonzosa mancha.
En la fortaleza umbria
tan solo en vos pensaré
con amorosa porfia,
esperando el claro dia
que otra vez con vos esté.
Tello. Ya me parece que os miro
entre las negras almenas
exhalar por mi un suspiro,
y que anhelante lo aspiro
entre las auras serenas.
Que con gratas emociones
vestida de blanco lino
recorreis los torreones,
agitando corazones
como el angel del destino.
O que allá en la noche oscura
al fulgor de las estrellas,
dais al viento la voz pura,
para cantar la amargura
de mis amantes querellas.
Y en una y otra ilusion
embebido el pensamiento,
mi aflijido corazon
solo aguarda en conclusion
que torneis á este aposento.
San. Volveré, si, delirante
de ternura y altivez
á mirar vuestro semblante,
sin temer que en adelante
nos separen otra vez.
Tello. Me lo jurais, Sancha mia?
San. Os lo juro por mi honor
ante el trono de Maria.
Tello. Venga ya la suerte impia,
pues no temo su furor.
(doña Sancha al retirarse deja caer un pergamino.)

ESCENA VII.

El DUQUE *y* MARCELO *por la puerta secreta.*

(Este trae una linterna que oculta debajo de la capa mientras permanece en escena.)

DUQ. Ya se fueron.
MAR. Reparad,
que si aqui, señor, os ven,
no vá á saliros muy bien
vuestra empresa á la verdad.
DUQ. No es cuenta tuya, Marcelo,
el porvenir que me espera.
MAR. Sin embargo, no quisiera
que sufrieseis algun duelo.
DUQ. Aunque despues de aqui entrar
me vaya la vida en ello,
á doña Sancha Cerbello
esta noche he de llevar.
MAR. Como gusteis.
DUQ. Y la gente?
MAR. En la escalera apostada.
DUQ. Pues que esté bien preparada
para acudir diligente
cuando llegue la ocasion.
MAR. Tras de esa puerta escondido
estaré con mucho oido
á vuestra conversacion.
Y en cuanto os oiga decir
en este sitio, «Castilla,»
entraré con la cuadrilla
para triunfar ó morir.
DUQ. Veo que me has entendido;
ves á unirte á los demas,
y mucho cuidado, estás?
MAR. No tendré ningun descuido.

ESCENA VIII.

El DUQUE.

Tras de penosa tardanza
al fin mi loca esperanza
se va esta noche á cumplir;
mas de mi turbado pecho
al estar bajo este techo
quiere el corazon salir.
Por qué son estos temores?
Con mis fieles servidores
nada tengo que temer.
Todo en palacio reposa,
y ninguno, Sancha hermosa,
te vendrá aqui á defender.
Mas, qué veo! Un pergamino
han dejado en el camino
los que acaban de marchar;
ignoro lo que en él dice,
mas no sé porque predice
mi corazon un pesar.
No me he engañado; una cita
hay en él tan solo escrita
de doña Sancha al doctor.
El plazo de ella es ahora.
Ah! Lo comprendo, le adora
y le quiere hablar de amor.
Oh rabia! Mis justos celos
pagarán, viven los cielos,
con la mayor prontitud.
Mas hácia alli siento ruido,
tras de un pilar escondido
podré ver con amplitud.

ESCENA IX.

DOÑA SANCHA.

En esta habitacion el pergamino,
en que daba una cita cariñosa,
ha debido caer, cuando afanosa
el fallo pronuncié de mi destino.
He mirado al volver por el camino
para ver si descubro donde posa,
y no he visto, ¡ay de mi! ninguna cosa
por mas que con los ojos examino.
Aqui tampoco está, nada, no hay nada.
(*mirando por la escena.*)
Fatal desgracia que á mi mente abate
tras la lucha cruel y encarnizada
del amor y el deber al recio embate!
Ya quizás no podré, desventurada!
obtener de ninguno su rescate.

ESCENA X.

DOÑA SANCHA *y el* DUQUE.

DUQ. Os equivocais, señora;
y pues sabeis que os adoro,
yo os le doy con mi tesoro
si partis conmigo ahora.
SAN. Cielos, el duque!
DUQ. Si, yo;
que lleno de amor ardiente,
no puedo de vos ausente
vivir por mas tiempo, no.
SAN. (Ay! Don Tello va á venir
y al verle me vá á culpar.)
DUQ. En vano quise esperar
que os mandará el rey partir
á mis tierras, en fianza
de no faltar al convenio
que le propone mi ingenio
para hacer una alianza.
Cada instante que pasaba,
cada momento que huia,
mi impaciencia y agonia
sin cesar acrecentaba.
Hasta que tanta inquietud
no pudiendo soportar,
os he venido á buscar
de la noche en la quietud.
Y pues que ya os he encontrado,
si seguis mis pasos luego,
el pergamino os entrego
que en este sitio he hallado.
SAN. Qué es lo que me osais decir?
Yo seguiros torpemente
cual si fuese delincuente?
No lo espereis conseguir.
DUQ. Pues temblad de mi furor.
SAN. Señor duque, le desprecio,
pues mas que la vida aprecio
la pureza de mi honor.
DUQ. Mas reparad que estais sola,
y por fuerza ó voluntad
me seguireis.
SAN. Respetad
la régia estancia española.
DUQ. Venid. (*queriendo llevar de un brazo a doña Sancha*)
SAN. Aunque sois mas fuerte,
de aqui no salir espero.
DUQ. Venid conmigo.
SAN. Primero

consiento me deis la muerte.

ESCENA XI.

Dichos y don Tello.

Tello. Qué ruido es este?
San. Don Tello!
Libradme de este malvado.
Tello El duque en palacio ha entrado!
Duq. Por qué dudais tanto de ello?
Tello. Cuando robais al pais
y lanza su justa saña
contra vos el rey de España,
por qué dudó, me decis?
Vive Dios que no concibo
como aqui venis con mengua!
Duq. Tened, don Tello, la lengua,
ú os la arranco por Dios vivo.
Tello. Templad, señor, vuestra furia;
porque estais en mi poder,
y puedo haceros prender
por una y por otra injuria.
Duq. Prenderme á mi? Vive el cielo!
Prenderme un hombre villano!
A no deshonrar mi mano
ya os hubiera echado al suelo.
Tello. Dejad insultos á un lado
pues se vuelven contra vos,
y hagamos aqui los dos
tranquilamente un tratado.
Si al reino dejais en paz
y á doña Sancha en palacio,
os doy, sin andar reacio,
esta noche libertad.
Conque, ¿qué decis?
Duq. Qué digo?
Que vuestra loca torpeza
atropella mi grandeza,
y la preparo un castigo.
Quién sois vos, hombre insolente,
para entrar en transaciones
con quien tiene en sus blasones
una corona esplendente?
Tello Quien sin necia vanidad
por el pueblo siempre cuida,
para darle con la vida
la anhelada libertad.
Quien al ver á una infeliz
presa de un hombre tirano,
viene á ofrecerla una mano
sin intriga y sin ardiz.
Y quien por último, vela
por la salud decadente
de don Enrique el doliente
en perpétuo centinela.
Sabeis ya quien soy?
Duq. Bastante;
mas con todo ese aparato,
no ha de seros ya muy grato
el vivir en adelante.
Que quien á mi no se humilla
sin tener ningun reparo,
le habrá de costar muy caro
en el reino de «Castilla.»

ESCENA XII.

Doña Sancha, don Tello, *el* Duque *y* Marcelo *con varios hombres por la puerta secreta.*)

Tello. Ya mi furor no os respeta.
San. Gente oculta!
Tello. Horrible trama!
Duq. Llevad al punto esa dama
por la escalera secreta
Tello. Y estoy sin armas! Traidores
no ultrageis esta morada,
y á esa muger desdichada
no robeis cual salteadores.
Tomad en cambio mi vida,
no me quiteis la esperanza.
(Don Tello quiere evitar que lleven á doña Sancha; mas el duque procura contenerle con su daga, hasta que aquella y Marcelo salen de la escena.)
Duq. Atrás, don Tello
Tello. Venganza!
Duq. La mia ya está cumplida.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de don Tello en palacio. En el fondo una puerta que dá á las demas habitaciones; á la derecha de él un armario con varios frascos de medicinas, é instrumentos quirúrgicos; y á la izquierda otro con libros. A la derecha del espectador, y en segundo término, un sillon y una mesa con recado de escribir; varios papeles y libros, de los cuales uno está abierto sobre la mesa, ante la cual aparece sentado don Tello.

ESCENA PRIMERA.

Don Tello *y el* Condestable.

Tello. En qué pensais, condestable,
los ojos teniendo atentos
á los libros é instrumentos
de mi ciencia respetable?
Con. Teneis en verdad, doctor,
en las ciencias un caudal:
sois un hombre universal.
Tello. Vos me haceis mucho favor.
Con. No, no tal; vuestro talento
que es una abundante mina,
á la sabia medicina
con abrazar no contento,
á todas las demas ciencias
quiere afanoso abarcar,
y creo lo ha de lograr
segun son las apariencias.
Tello. Lisonja es esa, don Rui,
contra la cual yo protesto.
Con. Sois, don Tello, tan modesto
que no estraño hableis asi.
Mas decidme, por mi nombre,
cómo habeis amalgamado
con la ciencia del estado
la de los males del hombre?
Tello. La amalgama es natural.
Una y otra no corrigen
los males que al hombre aflijen
en el estado social?
Con. Eso es muy cierto, doctor;
pero es mas facil curar,
que á los hombres gobernar
en este mundo traidor.

TELLO. Nunca lo tuve en olvido,
y aprecio mucho el consejo;
digno del sabio despejo
que vos siempre habeis tenido.
CON. El médico inteligente
no toca antiguas heridas
por costumbre sostenidas
sino con mano prudente;
y calcula la energia
del remedio para el mal,
con la potencia vital
del triste enfermo que espia.
Y está muy débil la España
para enérgicos remedios;
conque así, pensad los medios
para curarla con maña.
TELLO Permitidme, Condestable,
que os diga, que esos temores
nacen de antiguos errores
de que vos no sois culpable.
Y ese modo de pensar
no es posible que me cuadre,
aunque como vos, mi padre
llegó tambien á juzgar.
CON. Vuestro padre! buen doctor,
vuestro padre fué ilustrado,
y pensó como hombre honrado
siendo un digno labrador.
Sus virtudes y cariño,
y su porte noble y recto,
me han inspirado el afecto
que os profeso desde niño.
TELLO. Cuan gratos son para mi
ese cariño y memoria
de que tanta vanagloria
haceis indulgente aqui!
Si, don Rui; cuando vivia
mi padre, de vos me habló,
y mil veces me contó
vuestra hidalga bizarria.
Y que aunque erais condestable
no os desdeñabais de ir
muchas veces á vivir
á su choza miserable.
CON. Y no os dijo el juramento
que en ella le hice, por Dios,
de velar siempre por vos
cuando dió el postrer aliento?
TELLO. Y no le habeis quebrantado
desde entonces ni una vez,
por lo que á tanta merced
os estoy muy obligado.
CON. A pesar de todo, os veo
sumergido en la tristeza,
en medio de la grandeza
que rodea á vuestro empleo.
Os aflige algun pesar?
Decidmelo francamente.
TELLO. El duque de Benavente
me hace tan inquieto estar.
CON. Ese intrigante raptor
tambien agita mi pecho,
con los ultrages que ha hecho
al monarca y á mi honor.
TELLO. Mas yo os juro por la ley,
que ha de pagar el ultrage
que causa vuestro corage,
el de los pueblos y el rey.
CON. Con infame villania
á doña Sancha ha robado,
y sumido me ha dejado
en honda melancolia.
Pobre niña! Tan hermosa
y sufrir tan fieros males!
Sus virtudes celestiales
la elevaban á una diosa.
Yo por hija la adopté,
y con la mayor presteza
dama de honor de su alteza
que fuese al cabo alcancé.
TELLO. Cómo pudisteis lograr
con tan benéfica estrella,
adquirir niña tan bella
de los brazos del azar?
CON. En el reinado azaroso
del rey don Juan el primero,
de su corte un caballero
en estremo misterioso,
á don Diego de Mendoza
se la entregó sin trabajo,
con un secreto legajo
que su nacimiento emboza.
Exigiòle juramento
de no abrirlo, con engaños,
hasta cumplir doce años
de la niña el nacimiento.
Y para darla crianza
le dejó aquel caballero
grande suma de dinero
sin tener desconfianza.
El duque de Benavente
algunos años despues,
cuando ya contaba tres
aquella niña inocente,
viendo cercana su ruina
por los ejércitos reales,
seguido de sus parciales
pasó huyendo por Medina.
Y saqueando al pasar
algunas casas, dió muerte
á don Diego, porque fuerte
se le resistió en su hogar.
Dentro de él no dejó nada
su furibunda rapiña,
á escepcion de aquella niña
que allí quedó abandonada.
Poco despues llegué yo
persiguiéndole sin tasa,
y al examinar la casa
donde don Diego murió,
vi una niña candorosa
sumergida en el olvido,
y de ella compadecido
por su suerte lastimosa,
la llevé al punto conmigo,
cuidando de ella hasta el dia
como si fuese hija mia,
siendo vos de ello testigo.
TELLO. Con que es decir segun eso
que ignora quién la dió el ser?
Pues yo os ofrezco romper
ese velo tan espeso.
CON. No sabeis con que ansiedad
aguardo ya esa noticia,
pues creo ha de ser propicia
para su felicidad.
TELLO. Está dispuesta la gente
que os mandó el rey prevenir

para ir á combatir
contra el duque Benavente?
Con. Aun distantes de aqui están
doscientas cincuenta lanzas;
mas tenemos esperanzas
de que en breve llegarán.
Tello. Lo deseo por mi fé
para darle un escarmiento,
que no puedo estar contento
hasta que vengado esté.

ESCENA II.

Dichos y Farfan *por el fondo.*

Far. Perdonad, señor, si os vengo
en mal hora á interrumpir.
Tello. Qué me teneis que decir?
Far. Que el rey se acerca, os prevengo.
Tello. Vayámosle á recibir.

ESCENA III.

El Rey, don Tello *y el* Condestable.

Rey. Me encuentro tan débil hoy
que reclamo vuestro ausilio;
á cada paso que doy
pienso, don Tello, que voy
al sepulcral domicilio.
Tello Desechad de vuestra mente
una idea tan fatal.
Rey. Eso fuera muy prudente;
mas no puedo, ciertamente,
acosado por el mal.
Tello. Lleno estais de turbacion;
descansad, señor, un poco.
(*acerca un sillon al rey, en el cual se sienta.*)
Rey. Que alivieis mi situacion
con alguna confeccion,
solo, don Tello, os invoco.
Tello. Voy en este mismo instante
á daros, señor, consuelo
con un líquido calmante.
(*abre el armario de los frascos, toma uno, cierra, y vuelve á ofrecérselo al rey.*)
Con. Animo, señor.
Rey. Bastante!
Agradezco vuestro celo.
Tello. Tomad, y bebed, señor,
lo que ese frasco contiene.
Rey. Con tan fragante licor
(*toma el frasco que le presensa don Tello, y bebe.*)
se fortalece el vigor
que en la vida me mantiene.
Amigo mio, cuando entro
en aquesta habitacion,
y á vuestro lado me encuentro,
yo no sé porque en mi centro
siento grata sensacion;
como cuando voy á orar
en el templo sacrosanto,
pues desde que llego á entrar
y cerca de Dios á estar,
se mitiga mi quebranto.
Tello. Contad siempre con mi vida.
Con. Y con mi fidelidad.
Rey. Os doy gratitud cumplida;
mas do la salud se anida
para mi felicidad?
Esos nobles infanzones
avarientos de riqueza,
me atormentan con acciones
indignas de su nobleza
y esplendor de sus blasones.
Tello. Pronto pagará su audacia
y besará vuestros pies,
esa altiva aristocrácia
que á la honrada democrácia
arrebata el interés.
Rey. Y á mi me disputa el trono
con la rebelion que ensancha.
Con. Y á mi con injusto encono,
aunque de fuerte blasono,
me ha robado á doña Sancha.
Tello. A todos nos ha ofendido.
Rey. Sufra pues vuestras venganzas.
Está todo prevenido?
Con. Juzgo que aun no hayan venido
doscientas cincuenta lanzas.
Rey. En llegando, dadme aviso
para en seguida marchar.
Con. Lo haré sin andar remiso;
tan solo aguardo sumiso
las órdenes para obrar.
Rey. Cuando sea necesario
don Tello hablará por mi,
para atacar al contrario
que me trata temerario
cual si fuese un maniqui.
Con. Dios os guarde.
Rey. A vos tambien.
Con. Deseo tengais acierto
para curar al rey bien,
que es el único sosten
que en nuestra desgracia advierto

ESCENA IV.

El Rey *y* don Tello.

Tello. Y bien, señor, ¿qué tormento
en este instante os acosa?
Rey. Tengo un grande sentimiento
que en vano esplicar intento
con claridad ingeniosa.
Tello. ¿Y desde cuando os altera
ese nuevo padecer?
Rey. Desde que alzó su bandera
el que con maña rastrera
ha robado una muger.
Tello. Entonces, ya está aclarado
lo que pasa en vuestro centro;
pero no tengais cuidado,
que á tan doloroso estado
remedio eficaz encuentro.
Lo que mas os atormenta
es la atroz melancolia
que en el ánima fermenta,
y la nubla, como el dia
oscurece la tormenta.
Rey. Es la mas intolerable
que podeis imaginar.
Tello. Eso, señor, no es dudable,
pero la creo curable
si á mi me dejais obrar.
Rey. ¿Será posible, doctor?
Con esas aclaraciones
despertais en mi el vigor
que adormecia el dolor
de mis tristes afecciones.

Por mi fé que tiempo hacia
que en mi espíritu doliente,
tanta fuerza no sentia
para atacar la osadía
de la nobleza insolente.
Tomadme, doctor, el pulso
á ver si el vigor es cierto
que me ha dado vuestro impulso.
TELLO. Grande fuerza en él advierto,
aunque está un poco combulso.
Estareis mas aliviado,
¿no es verdad?
REY. Mucho mejor,
gracias á vuestro cuidado,
que vereis recompensado
muy prontamente, doctor.
TELLO. Pues bien señor, si os inspira
mi habilidad confianza,
dejad de pulsar la lira,
y con noble y justa ira
empuñad pronto una lanza.
Perseguid al enemigo
de Castilla y de Leon
hasta verle sin abrigo;
como médico os lo digo
para vuestra curacion.
No bastan á vuestros males
ni las drogas, ni la dieta,
ni otros medios especiales;
y os prescribo en mi receta
los estrépitos marciales.
REY. Con ciega fé me someto
á vuestro plan curativo,
para lograr el objeto,
y si lo alcanzo, os premeto
un brillante donativo.
TELLO. Pues brindemos si os agrada
por la cura radical
que tenemos proyectada.
REY. ¡Excelente camarada!
venga el vaso de cristal.
(Don Tello se dirige al armario de los frascos, lo abre, toma una botella, dos vasos, y cierra en seguida para hacer lo que indica el diálogo.)
TELLO. Aqui está.
REY. Perfectamente.
A vuestra salud, doctor.
TELLO. A la de vos igualmente,
y á la del pueblo valiente
que os defiende con honor.
Este es mi primer remedio
para disipar el tedio
que os hace, señor, sufrir;
el segundo es combatir
al duque, poniendo asedio.
REY. Dadme, don Tello, la mano;
me inspirais grande interés.
TELLO. Bien sabeis cuanto me afano
por miraros libre y sano.
REY. Por ello os hago marqués.
TELLO. ¡Ah, Señor, yo no merezco
que me hagais tanto favor!
REY. Reparad que yo os lo ofrezco.
TELLO. Con el alma os lo agradezco,
mas prefiero ser doctor.
REY ¿Conque me haceis un desprecio?
TELLO ¡Ah! no, no, lo acepto ya;
bien sabeis cuanto os aprecio,
ha sido en negarme un necio,
mas lo siento.
REY. Bien está.
A vuestro grande talento
unis un genio jovial,
y os perdono el sentimiento
que me ais dado pesie á tal
repugnando el nombramiento.
TELLO. Gracias, señor; en mi mente,
sin que se borre jamás,
lo tendré siempre presente.
REY. Sois un médico escelente.
TELLO Como todos los demás.
REY. ¿Habeis formado el proyecto
para la próxima guerra?
TELLO. Aqui lo traigo al efecto;
vos me direis si es perfecto
lo que en él mi mente encierra.
REY. Muy buenas reformas veo.
(*despues de examinar el proyecto que don Tello le ha presentado.*)
Pero cómo se han de hacer?
TELLO. Os lo diré sin rodeo,
en llegándonos á ver
en el trance que deseo.
REY ¿Vos, doctor en medicina?
TELLO. ¿Por qué os causa admiracion?
REY. ¿Conoceis la disciplina
que á los vasallos domina
de Castilla y de Leon?
TELLO. He estudiado con esmero
al vasallo en general;
el castellano es guerrero,
valeroso caballero
y enemigo de hacer mal.
Si se vé sacrificado
por la ambiciosa grandeza,
para mejorar su estado
solo aguarda resignado
que os pongais á su cabeza.
A vos toca solamente
sus derechos defender;
poneos, señor, al frente,
y á esa grandeza insolente
refrenad en su poder.
¡Que honor para vos! ¡Que gloria!
Si llegaseis á alcanzar
la inmarcesible vitoria,
dando con ella á la historia
un egemplo que imitar!
Vos necesitais tener
alguna pasion sublime,
¿y cuál mejor puede haber
que adorar y defender
al triste pueblo que gime?
Auyentad vuestra tristura
con la gloria y el valor,
dejad ya la vida oscura,
y mostrad vuestra bravura
en el campo del honor.
Haced que con vuestros hechos
bendigan vuestro reinado
los vasallos satisfechos,
y entonces habeis logrado
recobrar vuestros derechos.
REY. Por tan sublimes lecciones
una nueva voy á daros
que en diversas ocasiones
he callado, por razones
que prescindo de esplicaros.

Tello. ¿Será otro favor acaso
que me quereis dispensar?
Mi mérito es tan escaso,
que me confundo y abraso
de verguenza y de pesar.
Rey. Sois modesto cortesano.
Tello. Jamás orgullo he tenido;
y he sido siempre tan llano,
como honrado castellano
entre agrícolas nacido.
Rey. Conozco vuestra franqueza
y natural honradez;
por lo mismo con presteza
voy á hacerla una lineza
que es por cierto de gran prez.
Mas decidme, ¿habeis ya dado
vuestro amante corazon?
Tello. ¡Tal pregunta! ..
Rey. Os ha estrañado,
¿no es verdad? Mas no hay cuidado,
que es para haceros un don.
Tello. Yo os lo agradezco infinito;
pero esplicaos, por Dios.
Rey. Hace tiempo que medito
en la situacion que vos
os hallais, donde yo habito.
Tello. ¿Y bien?
Rey. La encuentro insegura
y quiero darla un sosten
que la pueda hacer segura.
Tello. ¿Y cuál es?
Rey. Una hermosura
como el angel del Eden.
Tello. (¡Dios mio!)
Rey. Muchos señores
se obstinan sin causa en ser
de vuestros actos censores,
y con intentos traidores
os atacan por do quier.
Os llaman aventurero
ansioso de hacer fortuna;
y mas de un mal caballero
vestido de fuerte acero
en Castilla os importuna.
Necesitais por lo tanto
de un apoyo mas seguro
que el de un rey, cuyo quebranto
os hace derramar llanto
que atento pagar procuro.
Tello. ¿Al oir lo que ahora hablais
me quedo, señor, absorto!
Rey. Don Tello, nada temais;
mas decid, ¿como mirais
á la Condesa de Oporto?
Tello. ¿A la condesa? (¡Que horror!)
Rey. Es la hija celestial
llena de gracia y candor
que tiene el embajador
del reino de Portugal.
Estoy cierto que os agrada;
porque á mas de ser hermosa
y admirablemente honrada,
su nobleza es estremada
y su riqueza grandiosa.
Tello. Eso mismo me amedrenta;
¿quién soy yo para aceptar
una union tan opulenta,
ni que puedo yo llevar
á esposa tan noble en cuenta?
Rey. Mi amistad, el marquesado
que antes, don Tello, os he dado
con haciendas en Leon.
¿Es bastante?
Tello. Demasiado
es para mi vuestro don.
Pero el enlace... Lo siento...
Rey. ¿Lo habeis meditado bien?
¿Cuál es pues el fundamento
en que se apoya el desden
que mostrais al casamiento?
Tello. Es una dama estrangera.
Rey. La virtud es general
y en todas partes impera.
Tello. Su carácter no es igual
al que en mi se considera
Rey. Evasivas solamente;
vos ocultais la verdad.
Tal vez un amor ardiente
os inspira otra beldad
que os adora tiernamente.
Yo sabré quien es la dama
que el corazon os inflama
con recóndita pasion,
y vuestra mano reclama
para evitar esta union.
Entonces su pasion loca
castigaré.
Tello. (¡Suerte impia
que al amor de Sancha toca!)
Rey. Ya que mis planes disloca
sufrirá la saña mia.
Tello. Yo no estoy apasionado;
y como una prueba de ello,
me someto resignado
á ese enlace deseado.
Rey. ¡Gracias al cielo, Don Tello!
Causábame ya disgusto
veros tanto resistir
á un matrimonio tan justo;
pero ya que me dais gusto
no lo quiero diferir.
Tello. Yo, señor, mas adelante
iré al conde á noticiar...
Rey. No os teneis que incomodar;
va á llegar en este instante.
Tello (Ya no lo puedo evitar.)
Rey. En esa próxima estancia
hasta que llegue estaremos;
y os referiré en sustancia
un asunto de importancia
que evacuar hoy tenemos. *(vanse.)*

ESCENA V.

El Embajador, *con dos pliegos en la mano.*

Aqui me hablan igualmente
de negocios de interés
el monarca portugués
y el duque de Benavente.
El rey en darme consiente
la villa de Sardoal,
si con su hija natural
al duque casar consigo,
y á don Tello al fin obligo
á servir á Portugal.
El duque tambien me escribe
que accede gustoso á ello,
si por esposa don Tello

á mi hija sola recibe.
Es necesario que active
sin perder un solo instante
este negocio importante,
que tanto me va á servir
para llegar á salir
en mis designios triunfante.

ESCENA VI.

EL REY, DON TELLO *y el* EMBAJADOR.

REY. Dios os guarde, Embajador.
EMB. Y á vos, señor, igualmente
REY. Ya os esperaba impaciente.
EMB. Mil gracias os doy, señor,
por honor tan eminente.
REY. Don Tello está agradecido
al honor que le habeis hecho
por haber condescendido
al enlace prometido
para universal provecho.
EMB. Habiéndolo vos propuesto,
admitir es un deber
un enlace tan honesto,
y tendré sumo placer
en que se haga lo mas presto.
TELLO. Si no os causa impertinencia,
permitid, embajador,
que en vuestra misma presencia
dé una prueba á mi señor
de gratitud y adherencia
Que si es grande y distinguido
el favor que alcanzo en vos,
no por eso echo en olvido
cuanto bien me ha concedido
quien es la sombra de Dios.
Y asi quiero con franqueza
demostrar mi gratitud,
prefiriendo con nobleza
su grandeza á mi grandeza,
su quietud á mi quietud
Si su magestad consiente,
la rúbrica de mi enlace
seguirá inmediatamente
á la de la union prudente
de ambas naciones.
REY Me place.
EMB Aqui están las bases. Ea,
(*presenta varios pliegos.*)
firmémoslas.
TELLO. Permitid
que al rey antes se las lea,
para que las juzgue y vea
si tienen algun deslid.
EMB. Bien.
TELLO. Os cede en la primera
(*leyendo en alta voz los pliegos que le ha entregado el Embajador.*)
el monarca portugués
por fianza y por trinchera,
los pueblos de su frontera
sin exigir interés.
REY. Perfectamente.
TELLO. Agregado
hay un mapa á ese tratado,
donde con linea encarnada
la frontera está marcada.
EMB. Es este que está á ese lado.
Mirad la frontera.
TELLO. Creo,
si no me engaña el deseo,
que no está toda incluida
en la linea que aqui veo
en estremo reducida.
EMB. Falta solo un corto trecho
que mi rey se ha reservado
con legitimo derecho,
por los dispendios que ha hecho
en la guerra que ha pasado.
TELLO. Falta mucho, y lo mejor
que baña el Miño pausado:
dignaros verlo, señor.
REY. Es muy cierto, Embajador;
esto no es lo concertado.
TELLO. Castilla en esta ocasion
ha mostrado su indulgencia,
al consentir en la union,
con vuestra noble nacion
sin faltar á la prudencia.
Mas el nuevo sacrificio
que vuestro monarca augusto
exige de ella, á mi juicio,
Embajador, es injusto,
pues la causa gran perjuicio.
EMB. La exigencia es de razon,
como una compensacion
de las ventajas que damos,
y á las cuales renunciamos
con la mas pura intencion.
Tal es de mi soberano
la suprema voluntad.
TELLO. ¿Y la tiene acaso en vano
el monarca castellano
que le ofrece su amistad?
REY. No se altere la armonia
que guardar debeis, por Dios;
y pensad en tal porfia,
que está muy próximo el dia
de ser parientes los dos.
EMB. Perdonad, mas no me es dado
ni una letra restringir
de lo dicho en el tratado;
asi el rey me lo ha ordenado
y lo tengo que cumplir.
TELLO. Sois en estremo sincero;
mas las bases del tratado
son tal vez de un consegero
que á Castilla ha sepultado
bajo el influjo estrangero.
EMB. Moderad las espresiones.
TELLO. Yo descubro claramente
entre vuestras pretensiones,
las siniestras intenciones
del duque de Benavente.
EMB. Eso ya es irresistible,
señor don Tello.
REY. En efecto...
TELLO. Como, señor! Es posible
que os mostreis tan impasible
á un perjuicio tan directo?
Vos tan celoso y amante
de la paz de vuestra tierra,
¿dejareis que en un instante
el estrangero triunfante
os pueda declarar guerra?
Dignaros hacer examen
de aqueste mapa, señor,
y en el presente certámen,

vos sereis de mi dictamen
ya que no el embajador.
De todos los grandes puestos
que se hallan en la frontera
con militares aprestos,
con escusas y pretestos
el portugués se apodera.
No dejeis á su codicia
tan seguras posiciones;
evitad cualquier malicia,
rechazando con justicia
tan bajas proposiciones.

Emb. Oficioso consegero,
pensad bien lo que decis;
pues á ultrage tan grosero
pudiera don Juan primero
contestar con un mentis.

Tello. Yo tambien con la franqueza
de un honrado castellano
puedo decir á su alteza,
que respete la grandeza
de mi augusto soberano

Emb. Temed pues un rompimiento
con el rey de Portugal.

Tello. No nos causa sentimiento.

Rey. Moderad vuestro ardimiento
porque puede ser fatal.

Emb. Conque se anula el tratado?

Tello. Como gusteis.

Emb. La alianza
quedará sin resultado.

Tello No nos dá ningun cuidado
renunciar á esa esperanza.

Emb. Habrá guerra hasta en la corte.

Tello. La sabremos arrostrar
teniendo el valor por norte.

Emb. Dadme pues mi pasaporte.

Tello Se os mandará sin tardar.

ESCENA VII.

El Rey *y* don Tello.

Rey. Habeis estado severo
con el noble embajador.

Tello. No tengais ningun temor
que es débil don Juan primero.

Rey. Y la amenaza terrible
que el embajador ha hecho?

Tello. El realizarla sospecho
que ha de ser un imposible.
Harto tiene á que atender
el portugués en su tierra,
sin meterse á hacer la guerra
á quien le pueda vencer.
Lo que debemos temblar,
sino hollamos su cabeza,
es á la infame grandeza
que nos quiere esclavizar.
Y es un baldon, es mancilla
no acelerar su derrota,
cuando tala y alborota
á los pueblos de Castilla.

Rey. En cuanto llegue la gente
que aqui tiene que venir,
iremos á combatir
á la nobleza insolente.

Tello. Sufra su justo castigo.

Rey. Que sucumba sin tardanza.

Tello. Al campo á blandir la lanza.

Rey. Busquemos al enemigo.

ACTO TERCERO.

Salon del castillo de Toro.—A la derecha del espectador una chimenea con lumbre; en segundo término una mesa con vasos y botellas. A la izquierda y en frente de la chimenea una ventana con reja que dá al campo. Puerta en el fondo y lateral; varios sillones. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Doña Sancha.

Que noche tan horrorosa!
Que siniestra oscuridad
envuelve á toda la tierra
como un manto funeral!
Ni un astro brilla en el cielo,
y la nieve sin cesar
cayendo á mares, redobla
el rigor del temporal.
Conque lúgubre sonido
el intrépido huracan
brama y zumba entre las peñas
de esa triste soledad,
los copos de blanca nieve
arrebatando fugaz
en confusos torbellinos
que se vienen á estrellar
en las góticas paredes
de este castillo feudal!
Todo lo agita en su furia;
la resistencia tenaz
que los árboles sin hojas
le presentan al pasar,
acrecienta sus bramidos,
que en esta torre fatal
repite el eco sonoro
con tristísimo compás.
Terrible noche por cierto!
El indómito huracán
ha derribado en la torre
el estandarte marcial,
y aun presumo entre sus ráfagas
haber podido escuchar
tristes lamentos y voces
que preságian algun mal.
Terrible noche por cierto!
La nieve empieza á argentar
la superficie del globo,
y á los rugidos que dá
el huracan, corresponde
la voz del Duero caudal,
cuyas olas revoltosas
adormecen la ciudad.
La naturaleza entera
parece que airada está,
y no se por qué á mi mente
tristes preságios la dan
que la bruman cual si fuesen
una losa sepulcral.
Yo no sé porque el descanso
á mi pecho causa afan,
y recelan mis pupilas
en el sueño descansar.
Madre de los desgraciados,
Virgen pura y celestial
que velas por los que imploran
en la tierra tu piedad,

auyenta de mi memoria
esta caterva infernal
de nefandos pensamientos
que me vienen á turbar,
y restituye á mi pecho
con la ansiada libertad,
una ráfaga siquiera
de tu calma virginal.

ESCENA II.

DOÑA SANCHA y MARCELO.

MAR. Disimulad si profano
vuestra divina plegaria.
SAN. No la profana el cristiano
que se compadece humano
de mi vida solitaria.
MAR. Tan solo os vengo á decir
que el señor duque al momento
va á esta cámara á venir.
SAN. Que insoportable tormento
es tenerle que sufrir.
MAR. Por qué le tratais, señora,
con tan áspero rigor,
cuando tan ciego os adora,
y daria sin demora
su vida por vuestro amor?
SAN. Y qué importa que me rinda
su amorosa voluntad,
si para que yo prescinda
de mi enojo, no me brinda
con mi ansiada libertad?
Si lejos del bien que adoro
en esta torre encerrada
me consumo, gimo y lloro,
sin poder salir de Toro
á buscar mi prenda amada?
No es verdad que es borrorosa
mi presente situacion
en esta torre afrentosa?
MAR. (Quién al verla tan hermosa
no ha de tener compasion?)
SAN. Mas veo te has enojado.
MAR. Enojarme yo con vos?
No tengais ese cuidado;
pero mi señor...
SAN. Malvado!
MAR. Muy buenas noches.
SAN. Adios.

ESCENA III.

DOÑA SANCHA.

Que tormento tan grande, Virgen pura,
es ver á ese hombre criminal, impio,
en vez de aquel que el pensamiento mio
absorve sin cesar con su ternura!
El es mi bien, mi gloria, mi ventura,
el único señor de mi albedrio,
y el que espero me salve con su brio
de mi triste y aciaga desventura.
Si el duque en tanto contra mi se encona
y á su inicua pasion quiere dar vuelo,
ofreciéndome, imbécil, su corona,
ampárame, Señora, desde el cielo,
lanzando un rayo contra su persona,
y quede libre de un tirano el suelo.

ESCENA IV.

El DUQUE.

Hija bastarda de don Juan primero,
con ricos pueblos por oculta herencia,
es doña Sancha, para mi existencia,
el grande triunfo que alcanzar espero
Con ella al punto desposarme quiero
á pesar de la horrible indiferencia
que muestra cuando se halla en mi presencia
escuchando mi acento lastimero.
Logre yo pronto conseguir los bienes,
el poder, el honor y la fortuna
que al través de politicos baibenes
la corresponden por su ilustre cuna,
y á pesar de sus públicos desdenes
mi dicha creceerá como ninguna.

ESCENA V.

El DUQUE y DOÑA SANCHA.

DUQ. Ya os aguardaba impaciente,
señora del alma mia,
para auyentar prontamente
en estando vos presente
mi negra melancolia.
Sancha bella y seductora,
angel hermoso y gentil,
no tanto anima la aurora
á las flores que colora
en la mañanas de abril,
cual vuestro lindo semblante
y dulcísima espresion
de esa mirada radiante,
en este dichoso instante
á mi triste corazon.
SAN. Siempre el amor en los labios
y la lisonja teneis
cual dos antiguos resábios;
con ellos dos, ¿no sabeis
que me estais haciendo agravios?
DUQ. Siempre rigor y aspereza!
Es posible, encanto mio,
que mi amor y mi grandeza
no han de ablandar la dureza
de ese corazon impio?
Es posible que ofuscada
por un oscuro doctor,
no querais dejar entrada
en vuestra cordial morada
á mi grandeza y mi amor?
No os adoro con locura?
No os ofrezco mi corona?
No depongo la bravura
de que mi nombre blasona
ante vuestra donosura?
Hay amante mas rendido?
Hay cariño mas ardiente
ó galan mejor nacido
que el duque de Benavente
para ser vuestro marido?
Qué hay de hermoso y de cuantia
en la tierra ó en el mar,
que al rayar el nuevo dia
no os ofrezca, prenda mia,
para vos atesorar?
Qué hay en vos ó en mi que estorbe
la mútua felicidad

que á nuestras almas absorve?
San. Todo cuanto hay en el orbe
necesita libertad.
Duq. Os comprendo; pero en vano
esperais el que os la dé.
Mañana ó me dais la mano,
ó aunque me llamen tirano
aqui moris.
San. Moriré.
Duq. Pensadlo bien, porque os puede
otra cosa convenir.
San. Dicho para siempre quede;
mi resolucion no cede
aunque tenga que morir.
Duq. Dictada está la sentencia,
rogad desde este momento
que Dios os dé su clemencia.
San. Tengo pura mi conciencia,
que venga el sayon sangriento.
Far. Ha del valiente vigia (*desde fuera de la escena.*)
que vela en el alto muro.
Duq. (*asomándose á la ventana*)
Quién en la noche sombria
su lúgubre voz envia
á este torreon oscuro?
Far. Dadme, señor castellano,
por esta noche un asilo
hasta mañana temprano.
Duq. Decidme quien sois, hermano,
si acaso no es un sigilo.
Far. Soy un trovador sencillo
que no tengo mas guarida
que vuestro fuerte castillo,
dádmela, señor caudillo,
y Dios guarde vuestra vida.
Duq. Gente de vuestra calaña
harto de sobra anda hoy
por todas partes de España;
idos al diablo, no estoy
para admitir gente estraña.
Far. Amparad al trovador
que la noche es horrorosa,
y la nieve sin temor
moja las cuerdas, señor,
de mi citara armoniosa.
Duq. Tendré que admitirle al fin.
Tened, hermano, paciencia,
mientras mando á un paladin
que os entre en este confin
donde tendreis residencia.
(*volviendo á la escena para hablar á doña Sancha.*)
Quiero ejercer bondadoso
la noble hospitalidad.
San. El Dios Todopoderoso
os lo premie generoso
el dia de la verdad.
Duq. Tambien tengo de esa suerte
quien pueda cantar con gloria
en este castillo fuerte;
ó vuestra trova de muerte,
ó el himno de mi victoria.
San. Que es lo que decis? Dios santo!
Duq. Digo que os dejo escoger
á vuestro capricho el canto,
ó la trova del espanto,
ó la cancion del placer.

ESCENA VI.

Doña Sancha.

Dios mio! Dios mio!
Qué pasa por mi?
Ese hombre malvado,
¿qué quiere exigir
de un pecho que nunca
le puede admitir,
cual sombra querida
de amor juvenil?
Con fiero sarcasmo
me manda elegir
la muerte ó su mano,
la muerte elegi,
que es menos odiosa
que un alma tan vil.
Pero, ¡ay! que con ella
tambien tendrá fin
el hombre que adoro
con gran frenesi.
El hombre que acaso
vendrá ya por mi,
de amor abrasado
resuelto á la lid,
pensando encontrarme
y hacerme feliz
Retarda, Dios mio!
retarda mi fin,
y deja que pueda
mi fiel adalid
sacarme gozoso
triunfante de aqui.

ESCENA VII.

Doña Sancha, *el* Duque *y* Farfan.

Duq. Venid, trovador, conmigo;
entremos en esta sala,
en donde la noche mala
pasaremos á su abrigo.
Secad la ropa al calor
del fuego que está encendido,
y si estais desfallecido
bebed de este buen licor,
á ver si despues contais
alguna leyenda hermosa
de una dama desdeñosa
como la que viendo estais.
Far. (Dios mio, Sancha! Ficcion.)
El justo Dios soberano
os dé, señor castellano,
el debido galardon.
Mas antes que todo ansio
mi máquina reanimar
á la lumbre de ese hogar,
porque estoy muerto de frio.
Y asi si me dais licencia
podré sentarme al calor.
Duq. Como gusteis, trovador.
San. Si incomoda mi presencia...
Duq. Sentémonos á su lado;
y pues no quereis comer,
podremos los dos beber
hasta que esteis inspirado.
Y para que sea mas grato
el dulce licor que inspira
las canciones á la lira,

esta hermosa, rato á rato,
será nuestra escanciadora.
(*el duque indica á Sancha que llene los vasos; esta toma una botella de vino y lo ejecuta.*)
Ea, inspirad vuestra musa
con vino de Siracusa,
y nieve entre tanto ahora.
FAR. Ya que me haceis tanto honor,
(*tomando un vaso de vino.*)
á la salud y ventura
de vos, y de esa hermosura
que es la imágen del amor.
SAN. (Con cuanta atencion me mira:
y esa voz . me hace pensar.)
FAR. Con vino tan singular
cualquiera en verdad se inspira.
DUQ. Pues todo, señor cantor,
está para vos dispuesto.
FAR. Y cómo, sin ser molesto,
pagaré tanto favor?
DUQ. Sublimando el pensamiento
para contar en seguida
una historia entretenida
sobre lo dicho.
FAR. Yo siento
que mi pobre inspiracion
no sea la de un querube,
que hasta el trono santo sube
á buscar la perfeccion.
DUQ. Dejad la modestia á un lado
y empezad á referir
lo que anhelamos oir.
SAN. (¡Que incertidumbre y cuidado!)
FAR. Era una niña celestial y hermosa
que allá en la corte con placer vivia;
ella á un hombre adoraba cariñosa,
y el hombre á su pasion correspondia.
Contentos ambos con su amor ardiente
iba con ellos el placer adjunto;
nunca la niña suspiraba ausente
sin que él su pena mitigase al punto.
Tuvieron ambos que ocultar empero
su puro, santo, y celestial cariño;
porque era el padre de la niña fiero,
y era su amante servidor de un niño.
Cierto dia á la niña un potentado
alcanzó á contemplar entre las rejas,
y de su gracia virginal prendado
empezóla á decir sus tiernas quejas.
Ofrecióla poder, honor, fortuna,
galas, placeres, lo mejor del mundo;
despreciòlo la niña cual ninguna
arraigada en su amor tierno y profundo.
Pasáronse entre tanto algunos años
él ofreciendo y despreciando ella;
viose huérfana al fin, entre otros daños
que la prodojo su fatal estrella.
DUQ. ¿A dónde irá á parar? Es divertida,
y os juro por mi fé que me interesa.
FAR. ¡Oh! Ya vereis como jamás se olvida
la triste historia que el cantor espresa.
Viose huérfana al fin como decia;
y el rico potentado ardiendo en furia,
do quiera sin cesar la perseguia
prometiendo vengar su atroz injuria.
Una tarde de estío tormentosa
en que la niña por el campo iba,
acosada del sueño y fatigosa
su débil cuerpo sobre un tronco estriva.
El sueño por sus miembros delicados
se esparciò lentamente con dulzura,
y en medio de las flores de los prados
una vida soñó de mas ventura.
El rico potentado que con gente
á caza andaba por aquellos cerros,
siguió la pista que en la arena ardiente
iban marcando sus sedientos perros.
Y al ver á todos con igual sosiego
frente á unas matas de bastante altura,
internóse por ellas, y vió luego
á su ingrata y angélica hermosura.
Pasmado se quedó de tal encuentro;
y no sabiendo lo que hacer entonces,
viéndola estuvo del follage dentro,
émula altiva de los duros bronces.
Hasta que al cabo decidiendo osado
llevarla á su palacio sin demora,
á su gente llamó, y al ruido alzado
la pobre niña se despierta y llora.
Vanos fueron sus cándidos lamentos,
vanas fueron tambien sus peticiones,
todas fueron llevadas por los vientos
á remotas y estériles regiones.
Y es fama que encerrada en el palacio
y obsequiada despues hasta lo sumo,
su cariño primero, aunque despacio,
disipando se fué cual débil humo.
Y dándola á escoger entre el segundo
y una muerte cruel y vergonzosa,
prefirió disfrutar la paz del mundo
siendo del rico potentado esposa.
SAN. (¡Será posible Dios, mio,
que yo con ánimo fuerte
no sepa arrostrar la muerte
y ceda á un amor impio!)
Con esa célebre historia
como me habeis conmovido!
Yo no sé como he podido
resistir á su memoria.
Si seguis contando mas
con tanta verdad y acierto,
tened, trovador, por cierto
que me alegro por demás.
DUQ. Pues la agradan las novelas,
seguidla mas refiriendo,
mientras yo voy recorriendo
las nocturnas centinelas.
FAR. Id con Dios, buen caballero,
que sereis muy bien servido.
DUQ. Antes quiero deis oido
á dos palabras.
FAR. Ya espero.
(*el duque lleva á Farfan á un estremo de la escena, y habla con él en voz baja.*)
SAN. (¿Qué le irá á decir?)
DUQ. Yo aprecio
á la muger que aqui veis;
si vos conseguir podeis
que no haga de mi desprecio,
contándola alguna historia
que la amedrente y obligue,
sin que nadie mas la ostigue
á cederme la victoria,
sereis bien recompensado.
FAR. Descuidad en mi, señor,
que como buen trovador
la inclinaré á vuestro lado.
DUQ. Pues hasta luego.

ESCENA VIII.

Doña Sancha y Farfan.

Far. Mirad;
¿me reconoceis, señora?
(quitándose la barba postiza, y volviéndosela á poner despues de haberle reconocido doña Sancha.)
San. ¡Fiel Farfan!
Far. Prudencia ahora,
y lo que os digo escuchad.
Transigid de todos modos
con el duque.
San. Antes la muerte.
Far. En ello estriva la suerte
de vos, de don Tello, y todos.
El plazo que se os propone,
señora, no llegará;
pues esta noche quizá
aqui don Tello os abone.
San. ¿Qué decis?
Far. Que al frente viene
del egército real,
á remediar vuestro mal
y á prender al que aqui os tiene.
Mas temiendo que su saña
sacie en vos, quiere prudente
ver si al duque Benavente
consigue vencer con maña.
Para lo cual me ha mandado
en trage de trovador,
á consolar vuestro amor
y á daros ese recado.
(entrega un retrato á doña Sancha.)
San. ¡Su retrato! ¡Que placer!
Ya se acabaron mis penas.
Far. No olvideis ya las cadenas
que aqui os intentan poner.
Para romperlas me ha dado
grande suma de dinero,
y dos firmas con que espero
sobornar al mas honrado.
Haced que den una cita
en este sitio á Marcelo,
para sobornar su celo
ó darle muerte si grita.
San. Yo misma se la iré á dar.
Far. La astucia nos interesa,
pues se malogra la empresa
si llegan á sospechar.

ESCENA IX.

Farfan.

Señor, que velas por bien del mundo
tras del azul del cielo cristalino;
tú que del hombre el proceder inmundo
castigas siempre con rigor divino,
protege el lazo con que yo circundo
el cuello infame de un feroz Tarquino,
y haz que triunfe el honor y la hidalguia,
del vicio impuro y criminal falsia.

ESCENA X.

El Duque y Farfan.

Duq. ¿Habeis algo conseguido
de la esquiva castellana?
Far. Consiente, señor, mañana
en tomaros por marido.
Duq. Gloria al hijo predilecto
de las musas y la lira,
que tan bien al alma inspira
el mas dificil proyecto.
Recibid este bolsillo
de vuestro saber en pago,
y si vos quereis, os hago
trovador de mi castillo.
Far. Os lo agradezco infinito;
pero en nuestra gaya ciencia
se ama mas la independencia
que el favor mas esquisito.
Duq. Pero al menos deseára
que de aqui ya no salieseis
hasta tanto que me vieseis
enlazado al pie del ara.
Pues de ese modo tendré
quien celebre mi himeneo.
Far. A tan laudable deseo
no puedo negarme á fé.
Duq. Voy á dar tan feliz nueva
á la que ama el corazon,
y á toda la guarnicion
para que se alegre y beba.

ESCENA XI.

Farfan.

Corre, imbécil, y esparce la noticia
de tu ansiado y espléndido himeneo,
sumerge en la embriaguez á tu milicia
y cambia en galas tu marcial trofeo;
que tras de esa fantástica delicia
conque se aduerme tu brutal deseo,
vendrá el castigo que tu accion reclama
perdiendo á un tiempo tu grandeza y dama.

ESCENA XII.

Doña Sancha, Farfan y Marcelo.

Mar. Y bien, señora, ¿el objeto
no me direis de esta cita?
San. El hablar muy alto evita
que ahora sabrás el secreto.
Mar. Pero decidme por Dios
¿qué es lo que ocurre, qué pasa?
Pues la impaciencia me abrasa
desde que vengo con vos.
Far. Escuchad y lo sabreis.
Mar. ¿Y quien os mete...
Far. Callad,
y lo que os digo escuchad
para ver qué respondeis.
Don Tello á nombre del rey
me ha mandado á este castillo,
para que os dé esto bolsillo
y el indulto de su ley.
Tan solo de vos exige
que facilliteis la huida
de esa dama dolorida
que el duque sin trégua aflige.
Mar. Vos no sois un trovador,
sino un traidor insolente,
y voy sin mas espediente
á dar parte á mi señor.
Far. Venid acá.
Mar. ¿Cómo es eso?
A mi nadie me detiene.

SAN. Por Dios, Marcelo, os conviene
que no hagais ningun esceso.
FAR Tambien el rey me ha mandado
que os dé, si haceis lo que os pide,
el pueblo donde reside
vuestro padre desterrado.
MAR. ¿Un pueblo decis?
FAR. No hay duda.
MAR. Eso ya es muy diferente,
y el duque de Benavente
puede buscar otra ayuda.
¿Mas como me garantiza
ese pueblo en que me atranco?
FAR. Esta firma suya en blanco
(*muestra un pergamino á Marcelo, que vuelve á guardar luego que este se ha enterado de él.*)
la posesion autoriza.
MAR. Y ademas el sello real;
por mi parte está corriente.
SAN. Pues pensemos prontamente
en la fuga general.
MAR. Yo sé un medio muy sencillo.
¿Nos observa alguno?
SAN. *y* FAR. No.
MAR. Una llave tengo yo
para salir del castillo.
SAN. ¿Por donde?
MAR. En aquel rincon
hay una trampa escondida,
que al campo nos da salida
sin ninguna esposicion.
FAR. Pues abridla y vamos luego,
que don Tello está aguardando
con la tropa de su mando
para hacer, sino voy, fuego.
MAR. Venid conmigo.
(*al ir á salir de la escena aparece el Duque.*)

ESCENA XIII.

Dichos y el DUQUE.

DUQ. Mi amor.....
SAN. ¡Ah! ¿Sois vos?
DUQ. Si, Sancha mia,
me enloquece la alegria
que me habeis dado.
FAR. (¡Oh furor!)
DUQ. Podeis, mi bien, descansar;
y en premio de mi constancia,
dejad que basta vuestra estancia
os pueda yo acompañar.
Tu, Marcelo, al trovador
enseñarás su aposento,
y retirate al momento
á descansar.
(*el Duque toma de la mano á doña Sancha, y al ir á salir con ella de la escena, se oye un tiro, á cuyo ruido se detiene.*)
MAR. Bien, señor.
DUQ. ¿Qué tiro es ese? Marcelo,
ves á ver lo que ha pasado,
y vuelve pronto á mi lado
á dar cuenta de tu celo.
FAR. Aqui se acerca Ramiro
que es sargento del reten,
y acaso ...

ESCENA XIV.

Dichos y RAMIRO.

RAM. Señor.....
DUQ. Y bien,
¿qué significa ese tiro?
RAM. El vigia del rastrillo
dice que ha visto dos bultos
entre las sombras ocultos
correr cerca del castillo.
Y revelando algun daño
les ha hecho fuego al huir,
sin que se pueda decir
si ha herido alguno.
DUQ. ¡Es estraño!
Estad con mucho cuidado
y relevad sin demora
lo mas cada cuarto de hora
al vigilante soldado.
(*aparte y en voz baja á Ramiro.*)
(Seis hombres fieles buscad,
y vos puesto á su cabeza,
con la mayor fortaleza
por doña Sancha velad.
Si el enemigo hasta aqui
penetra y mi gente agota,
partid con ella á la Mota
que yo iré á buscarla alli.
El camino solo á vos
diré, do sin riesgo alguno,
de el enemigo importuno
os librareis; id con Dios.)

ESCENA XV.

FARFAN *y* MARCELO.

FAR. ¡Maldicion sobre el malvado
que triunfar no me concede!
MAR. Ya doña Sancha no puede
escapar á nuestro lado.
Para llegar á su estancia
la del Duque hay que pasar,
y si nos llega á observar
se acabó nuestra arrogancia.
Y asi será lo mejor
que nosotros escapemos,
y aviso al momento demos
al Monarca y su doctor.
FAR. Vamos, pues la suerte impia
asi por mi mal lo quiere;
pero ¡ay del Duque! no espere
ser libre al rayar el dia.

ACTO CUARTO.

Salon de palacio, amueblado decentemente. Puerta en el fondo y lateral.

ESCENA PRIMERA.

DON TELLO, *aparece con un legajo en la mano.*

Por fin, tras de gran trabajo,
en este antiguo legajo
el nacimiento aclaré
de la hermosa de mi vida;
fieramente perseguida
por ese duque sin fé.

Alli tendido en el lecho,
(*mirando hácia el fondo.*)
apenas ya de su pecho
puede el aliento exhalar,
y en su delirio espantoso
un pensamiento horroroso
le domina sin cesar.
Solo anhela en su locura
mancillar á la hermosura
que me ha dado el corazon,
y yo en cambio, ¡triste suerte!
debo de evitar su muerte
con mi noble profesion.
Que si amante resentido
mi corazon dolorido
lo contempla con horror,
como médico á su lado
debo obrar como hombre honrado
aliviando su dolor.
Ilumina pues mi mente
con un destello esplendente
de tu corona de luz,
supremo Dios, que en la tierra
viertes la paz ó la guerra,
la dolencia ó la salud.

ESCENA II.

Don Tello *y el* Condestable.

Con. El cielo os guarde, don Tello.
Tello. Se sabe alguna noticia
á doña Sancha propicia?
Con. Holgárame mucho de ello.
Tello. Conque se ignora su suerte?
Con. Nadie sabe dónde se halla.
Tal vez la infame canalla
la habrá dado ya la muerte.
Tello. Callad por Dios, que esa idea
me desgarra el corazon.
Si la enemiga faccion
en ella su saña emplea,
caiga un rayo desde el cielo
que la vida me destroce,
y unida á mi Sancha goce
de perdurable consuelo.
Con. En tan amarga afliccion
tambien, ¡ay! os acompaño;
pues me temo cualquier daño
de esa maldita faccion.
Tello. Traidores! Que del castillo
pudieran sacar su presa,
la noche de la sorpresa
por el oculto portillo!
Por todas partes en vano
con hondo afán la busqué;
mas por mi mal no la hallé
para tenderla una mano.
Del castillo arrebatada
por incógnito camino,
aciago nos fué el destino.
Con. Mas pronto será vengada.
Y ahora mismo al miserable
que ha turbado nuestra suerte,
con mi espada daré muerte.
Tello. Deteneos, Condestable.
Contra un débil moribundo
vais el acero á esgrimir?
Dejarle, señor, salir
con su dolencia del mundo.
Con. Solo la dulce esperanza
de que en breve vá á morir,
puede, don Tello, impedir
que ahora sacie mi venganza.
Tello. Para aguardarla contento
una nueva voy á daros,
que en estremo ha de alegraros.
Con. Decidla pues al momento.
Tello. De nuestra Sancha querida
el padre ya he descubierto.
Con. Qué es lo que decis! Es cierto?
Tello. Os lo juro por mi vida.
Con. Y cómo os habeis valido
para llegar á saber
quién es el autor del ser
de nuestro objeto querido?
Tello. En medio del sobresalto
ya sabeis que salió herido
ese duque fementido,
en la noche del asalto.
Que vencido alli quedó,
que aqui vino prisionero,
y el rey Enrique tercero
su médico me nombró.
Desde entonces espiando
sus mas ligeras acciones,
y todas sus espresiones
en mi mente analizando,
llegué con grande temor
á sospechar que sabia
quién era de Sancha mia
el feliz progenitor.
Y abrasado de impaciencia
con tal sospecha en mi mente,
del duque de Benavente
he sondeado la conciencia.
Mas astuto y reservado
durante su enfermedad,
para aclarar la verdad
ninguna ocasion me ha dado.
Hoy empero su afliccion
redoblando su martirio,
le ha producido un delirio
que le tiene sin razon.
Y estando yo hace un momento
contemplando las señales
de los peligrosos males
que ocasionan su tormento,
en su horrible frenesí
pensando quizá en su suerte,
Sancha! Ramiro! La muerte!..
Furioso gritar le oi.
A tan vagas espresiones
se turbó mi fantasia,
y en mi espíritu sentia
dolosas impresiones.
Y aterrado y confundido
al escuchar sus lamentos,
mil horribles pensamientos
me asaltaron el sentido.
Mas movido á compasion
en lance tan estremado,
quise esplorar el estado
del enfermo corazon.
Y al ir á tocar el pecho
que alentaba con trabajo,
me vi con este legajo
(*mostrando el legajo que sacó en la primera escena*)
que guardaba satisfecho.

Con tal encuentro asombrado,
en mi afanosa sospecha
abrí la carcel estrecha
de este escrito reservado.
Y cuánta fué mi delicia,
cuán grande fué mi contento
al mirar del nacimiento
de mi Sancha la noticia.

CON. Oh! Dios mio! Cuán felice
al fin haceis mi destino!
Dadme pronto el pergamino
que anhelo ver lo que dice.

TELLO. Tomadle por vida mia.

CON. El padre saber de Sancha!
El corazon se me ensancha
de esperanza y alegria.

TELLO. Mayor será, no os asombre,
vuestro paternal placer;
cuando llegueis á leer
del padre de Sancha el nombre.

(*el Condestable abre el legajo y lee en alta voz.*)

CON. «Nos don Juan I rey de Castilla y de Leon, usando del derecho que nos asiste, reconocemos y legitimamos por hija nuestra á doña Sancha Cerbello. Y á fin de que conste, escribimos y firmamos el presente documento con otros varios, relativos á su identidad. Toro... etc.=Yo el rey.
Es hija del rey don Juan!
La alegria me devora.
Y aqui no la tengo ahora
para abrazarla en mi afan!
Don Tello, mandemos luego
mas gentes en busca suya;
al que aqui la restituya;
cuanto me pida le entrego.

TELLO. Vayamos, si, Condestable;
yo tambien con ansia loca
lo que ha dicho vuestra boca
aqui aguardo inconsolable.
Si vierais con que amargura
siento los dias pasar,
sin poder aqui mirar
al angel de mi ventura!
Si vierais mi corazon
solitario y pesaroso,
sin poder hallar reposo
en su profunda afliccion!
Hallárais en mi consuelo,
y en mi desgracia abismado,
sentiriais aliviado
vuestro amargo desconsuelo.

CON. Mandemos sin mas tardanza
en busca suya á otras gentes,
por si logran diligentes
descubrir nuestra esperanza.

TELLO. Vayamos pronto, y al rey
noticiaré este suceso,
para que castigue al preso
con el rigor de la ley. (*vanse.*)

ESCENA III.

DOÑA SANCHA y FARFAN.

FAR. Venid conmigo, señora;
entrad en esta morada,
y á don Tello, que os adora,
de placer enagenada
contemplar podeis ahora.

SAN. No sabeis cuanto lo anhelo.

FAR. Por vida de, no está aqui.
(*mirando por la escena.*)
Se ha frustrado mi desvelo
por daros pronto consuelo.

SAN. Búscale al punto.

FAR. Eso si.
Esperad aqui un instante,
y contenta le vereis
á vuestro lado, triunfante
de la grandeza intrigante
de que ya libre estareis

SAN. Despues de mi triste ausencia
no me deja la impaciencia
solitaria aqui esperar
su idolatrada presencia,
Y asi quiero con urgencia
irle con vos á buscar.

FAR. Reparad, señora mia,
que si os halla de repente,
va á ser tanta su alegria,
que á pesar de su energia
le va á dar un accidente.

SAN. Teneis razon, buen Farfan;
es tan grande su ternura,
que despues de tanto afan
pudiera con tal ventura
sucederle algun desman.

FAR. Nada mas facil, y asi
puesto que ya os he enterado
de lo que ha pasado aqui,
me alejo de vuestro lado
y voy á avisarle.

SAN. Si,
al instante; que abrasada
de impaciencia, aqui le espero
como nunca apasionada,
y si tarda su llegada
de sentimiento me muero.

ESCENA IV.

DOÑA SANCHA.

Cuán sensible y doloroso
es, si se ama con pasion,
no ver al objeto hermoso
que idolatra el corazon;
y aguardarle sin reposo
en continua agitacion,
como la esposa al esposo
que procura hacer dichoso
en santa y perpétua union!
Por qué el veloz pensamiento
al corazon no ha de hablar,
que en amoroso tormento
á otro busca sin cesar?
Ay! apenas tengo aliento
despues de tanto penar,
para guardar el momento
de ver en este aposento
á mi arcángel tutelar.
Y aun es mayor su cuidado
despues de saber que aqui
al duque tengo á mi lado
que anhela vengarse en mi.
Si supiese que he llegado
y con fiero frenesi
por un medio inesperado
hasta aqui volviese armado

á llevarme en pos de si!
No, Dios mio! Antes la muerte
que otra vez la esclavitud
vuelva á ser mi triste suerte
en mi aciaga juventud;
proteged con mano fuerte
desde el cielo mi virtud,
y que me dejeis imploro
al hombre que tanto adoro
ver aqui con prontitud.

ESCENA V.

Don Tello y doña Sancha.

Tello. Sancha del alma!
San. Mi bien!
Tello. A mi lado al fin os miro!
De amor y placer deliro.
San. Y yo, don Tello, tambien.
Tello. Cuanto tiempo he aguardado
este momento, bien mio!
San. En el castillo sombrio
tan solo en vos he pensado.
Y constantemente á Dios
en mis plegarias pedia,
que llegase pronto el dia
de vernos juntos los dos.
Tello. El los ruegos ha escuchado,
y de vos compadecido
bondadoso os ha traido
sin detrimento á mi lado.
Mas cómo del enemigo
habeis llegado á escapar?
San. Las joyas llegando á dar
que pude llevar conmigo.
Tello. Que no os llegase yo á ver
la noche que con presteza
de la oscura fortaleza
os sacaron sin saber!
San. A la Mota me llevaron
huyendo de vuestra gente,
y al duque de Benavente
en vano en ella aguardaron.
De su completa derrota
tuvieron pronto noticia,
y temiendo la justicia
me sacaron de la Mota.
No sabiendo á donde ir
á ocultarse con su presa,
yo les hice la promesa
de su indulto conseguir.
Mas viendo que su ambicion
satisfecha no quedaba,
y que otro medio no hallaba
de lograr mi salvacion,
mis alhajas ofrecí
si en libertad me ponian,
y al ver que mucho valian
al punto lo conseguí.
Libre ya, sin dilacion,
en alas de mi ternura,
he venida con premura
á calmar vuestra afliccion.
Tello. Y ya nunca de mis brazos
á arrancaros volverán,
que pronto á estrecharnos van
eternos y santos lazos.
San. Mi corazon satisfecho
con tanta dicha y placer,
parece quiere romper
con sus latidos mi pecho.
Que no hay ventura mayor,
ni placer mas soberano
como lograr vuestra mano
ante el ara del Señor.
Tello. Y nada habrá que lo impida
mientras impere la ley,
que ya á vuestro hermano el rey
tengo licencia pedida.
San. Qué decis! El rey mi hermano?
Tello. Si, mi bien, ya es evidente;
al duque de Benavente
he sorprendido ese arcano.
San. El lo ha revelado?
Tello. No.
Un pergamino lo aclara
que cogi con mano avara
al ir á esplorarle yo.
San. Cuanto os debo, amado mio.
Tello. Me paga ese amor ardiente
y amoroso desvario.
San. No escuchais?
Tello. Se acerca gente.
(*observando por la puerta del fondo.*)

ESCENA VI.

Dichos, el Rey *y el* Condestable.

Rey. Querida hermana!
San. Señor!
Con. Hija mia!
San. Padre amado!
Rey. Ya cesó nuestro dolor
al mirarte á nuestro lado.
Abandona ese recelo,
(*viendo turbada á doña Sancha.*)
y repara desde hoy
que yo hermano tuyo soy
y armarnos nos manda el cielo.
San. Yo cumpliré ese mandato
con la voluntad mas pura.
Rey. Y yo en forjar tu ventura
pondré todo mi conato.
Y en prueba evidente de ello
quiero cumplir la palabra
que tu buena dicha labra
y tambien la de don Tello.
Esposa suya serás.
Rey. Qué escucho!
Tello. Señor, tal gracia
en mi con tierna eficacia
grabada estará de hoy mas.
Y os ofrezco francamente
mi vida, valor y ciencia
Rey. Cómo sigue en su dolencia
el duque de Benavente?
Tello. Siento daros un pesar.
Rey. Conque no sigue mejor?
Tello Vos lo habeis dicho, señor.
Rey. (*á Farfan que aparece por el fondo.*)
Qué me venis á anunciar?
Far. El Duque de Benavente
de un repentino accidente
ahora acaba de espirar. (*vase.*)
Rey. Oh Dios mio!
Tello. Mitigad
vuestro agudo sentimiento,
porque á vuestra enfermedad

puede causar incremento.
REY. Salió mi esperanza vana!
CON. No os pongais tan abatido,
que si un tio habeis perdido
habeis hallado una hermana.
SAN. Si, hermano mio, valor;
y pensad en vuestra vida
de tantas almas querida
para auyentar su dolor.
REY. ¡Don Tello! ¡Sancha! A mi lado
la existencia pasareis,
y la mia cuidareis
con un cariño acendrado.
Vuestra dulce compañia
me servirá de consuelo,
como el iris en el cielo
tras de la tormenta impia.
Y del gobierno la barca
tan espuesta á sucumbir,
me ayudará á dirigir
El Médico de un Monarca.

FIN DE LA COMEDIA.

Madrid, 1851.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
calle del Duque de Alba, núm. 13.